

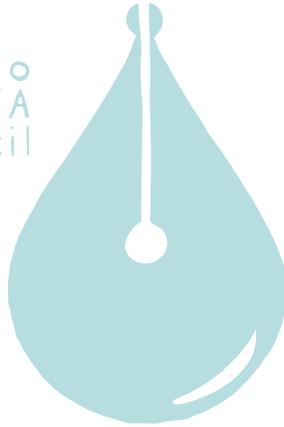
An artistic illustration in a teal and yellow-green color palette. A central figure, a person with thin black limbs, stands on a yellow-green ground, holding a large, textured, white water drop. The drop has a faint circular pattern and small black dots. The background is a forest with dark teal trees and various water drops of different sizes and colors (teal, light blue, white) falling or floating. Small black birds with white eyes are perched on cacti and flying. The overall style is hand-drawn and whimsical.

El Cuenta Gotas

VI Premio
DE NARRATIVA
Infantil

2016

VI Premio
DE NARRATIVA
Infantil



El Cuenta Gotas

Edición 2016

GANADOR

Marusía
Belén Pérez Aldariz

ACCÉSITS

El coleccionista
Silvia Alberdi

El cuento del roble y el arroyo
Javier Rojo Muñoz

Mario y el mundo transparente
Celina Ranz Santana

Twan-To, el buscador de tesoros
Daniel Blanco Parra

JURADO

Victoria Chapa Eulate
Roberto Santiago
Cecilia Gandarias Tena
Cristian Ruiz Orfila

ILUSTRACIONES

Julio Antonio Blasco, Sr. López



FUNDACIÓN CANAL
Canal de Isabel II



La Fundación Canal convocó en mayo de 2016 el VI Premio Internacional de Narrativa Infantil El Cuentagotas con el fin de impulsar la creación literaria y el gusto por la lectura a través de obras de calidad que fomenten el respeto al medio ambiente en general y al agua en particular, fiel a su misión de fomentar la cultura del agua.

La infancia es una etapa clave en la educación y el desarrollo de los individuos, por lo que promover la sensibilidad cultural y medioambiental es una inversión a futuro y una prioridad para la Fundación. El Cuentagotas aúna ambos propósitos al centrar su premio en relatos cortos, escritos en español, dirigidos a niños de entre ocho y doce años, y con el agua dulce como protagonista.

Un jurado especializado en literatura infantil es el encargado de elegir un manuscrito ganador y cuatro accésits. Con motivo del Día Universal del Niño, la Fundación presenta esta publicación en papel y también en formato electrónico, con los cinco relatos premiados, que llegarán gratuitamente a todos los centros de enseñanza, bibliotecas y centros culturales de la Comunidad de Madrid, y que estará asimismo disponible para descargarse desde la página web de la Fundación.

Con el deseo de que El Cuentagotas sea fuente de inspiración y entretenimiento familiar, queremos animarles a que se descarguen su ejemplar, lo difundan y hagan suyo nuestro lema «El agua es cosa de todos».

Fundación Canal

Noviembre 2016

7

Marusía

Belén Pérez Aldariz

15

El coleccionista

Silvia Alberdi

23

**El cuento del roble
y el arroyo**

Javier Rojo Muñoz

31

**Mario y el mundo
transparente**

Celina Ranz Santana

39

**Twan-To, el buscador
de tesoros**

Daniel Blanco Parra



Marusía

Belén Pérez Aldariz



Cualquiera que conociese a Marusía diría que era feliz. Era habitual verla correteando, ligera como un pájaro, por el parque que había cerca de su casa. Solía ir cada fin de semana, siempre que no lloviese. Sus padres no le permitían salir los días de lluvia, aunque se tratase de esa lluvia menuda que acaricia lentamente el lugar donde se posa, de esa lluvia formada por gotitas decorando la superficie de las cosas.

—¡Calabobos! —decía su padre.

Marusía lo entendería si se tratase de un chaparrón, pero cuando solo era un suave sirimiri...

Así, en los días de lluvia, la tristeza se colaba en el corazón de Marusía mientras veía en la ventana de su cuarto las gotas resbalando perezosas por el cristal. Soñaba entonces con salir a la calle y abrir los brazos y girar y girar y girar... bajo la lluvia, y marearse y caer sentada sobre un charco y sentir que el agua la empapaba hasta convertirla en una gota más. No sabía la razón de ese profundo deseo, de ese sentimiento de añorar algo que nunca había ocurrido.

Marusía no cuestionaba la decisión de sus padres, suponía que tenían miedo de que se resfriase, pero todo cambió el día en que llegó a casa con la noticia de que en el colegio estaban preparando una excursión.

—¡Qué bien! —le dijo su madre—, ¿y sabes ya qué día será?

—Todavía no es seguro, creo que dentro de tres semanas —contestó Marusía.

—Bueno, ya nos dirán lo que tienes que llevar. Supongo que protección solar, una gorra...

—Sí —interrumpió Marusía— y un bañador.

—¿Un bañador? ¿Por qué un bañador?

—La profesora dice que hay un pequeño lago, poco profundo, al lado del lugar que vamos a visitar y que nos dará tiempo a darnos un baño.

—¡Ni hablar! —dijo el padre, que entraba en ese momento.

—Pero, papá... —suplicó Marusía.

—Está decidido —sentenció.

Y Marusía no recibió más explicaciones al respecto.

No mucho tiempo después, una tarde de domingo al acabar de comer, les dijo a sus padres que muchas de sus amigas del colegio se habían apuntado a natación, que era los sábados por la mañana...

—¡Ni hablar! —interrumpió esta vez su madre sin dejarle acabar la explicación.

—Pero, mamá... —suplicó Marusía.

Y la escena, con pocas variantes, se repitió en algunas ocasiones más. Marusía hacía una propuesta, sus padres se negaban tajantemente y ella suplicaba. Pero había un elemento común: el agua. Había descubierto que lo que les inquietaba era cualquier actividad relacionada con el agua. Pero..., ¿por qué? Marusía no podía recordar ni una sola vez en que la hubieran llevado a algún

lugar con agua: la piscina, el río...; ni siquiera había ido nunca a la playa.

Estaba claro que sus padres no iban a contarle nada, así que, esperó con paciencia hasta el fin de semana en el que visitaron a su abuelo en el pueblo. Quizás él supiese algo. Una vez allí esperó el momento en que se quedaron a solas, ella y su abuelo, y de forma directa, sin tapujos, le espetó:

—Abuelo, ¿qué les pasa a papá y a mamá con el agua?

El abuelo palideció, pero se recompuso de inmediato.

—¿Con el agua? ¿A qué te refieres?

Marusía no se dio por vencida, al contrario, aún con mayor determinación, insistió.

—No soy tonta, abuelo, y tampoco tengo cinco años. He cumplido ya diez y sé que algo pasa con el agua: no puedo ir a la piscina, ni a un lago, ni a un río, nunca he estado en la playa e incluso los días de lluvia tengo que estar encerrada en casa. ¿Me dices, por favor, qué es lo que pasa?

El abuelo, asombrado ante el arrojito de su nieta, supo que no podría ocultarlo por más tiempo, que había llegado la hora, así que fue a buscar una caja, se sentó a su lado y le mostró las fotografías que contenía. Se trataba de una niña muy pequeña, casi un bebé, jugando con el agua al borde de un río. Sonreía. Parecía feliz.

—¿Quién es, abuelo?

—Eres tú, Marusía, cuando todavía no habías cumplido dos años.

Y el abuelo, con lentitud, masticando cada palabra, le contó que siempre había mostrado una enorme atracción por el agua; cuando lloraba bastaba con abrir un grifo para que se calmara, el solo sonido del agua era suficiente para hacerla sonreír. La hora del baño era una fiesta, chapoteaba sin parar y reía continuamente, pero lloraba desconsolada al salir de la bañera. Lo mismo pasaba



cuando iba con sus padres a la playa, sí, había ido muchas veces a la playa, pero era demasiado pequeña para recordarlo. Al principio nadie le daba mayor importancia, le gustaba el agua, incluso la lluvia, que trataba de atrapar sin cesar, entre sus manos.

Pero un día sus padres la llevaron al río, al mismo lugar donde habían sacado esas fotos, no muy lejos de allí. Marusía quiso acercarse al agua, así que la sentaron en el borde y dejaron que chapoteara. Ellos, a su espalda, la contemplaban. Vieron entonces cómo un pajarillo se fue a posar justo al lado de la niña, tan cerca que ella podía tocarlo sin que el pájaro se sobresaltara, luego fue otro y otro... Al acercarse observaron que en el agua se concentraban numerosos pececillos, moviéndose sin cesar de un lado a otro.

No entendían qué estaba pasando, pero el mayor susto se lo llevaron al percatarse de que sus piernas, que permanecían bajo el agua, se habían vuelto cristalinas, transparentes; eran dos extremidades de agua densa moviéndose como pequeñas ondas en el río.

Miraron aterrorizados a Marusía, pero ella parecía feliz, ajena a cualquier preocupación.

Su madre se sentó a su lado y, con mucho cuidado, fue tirando de ella, primero un centímetro, luego otro... A medida que la sacaba del río, el agua densa que formaba sus piernas desaparecía, poco a poco, gota a gota, y regresaba la opacidad de su piel.

Después de ese día, nunca más la dejaron acercarse al agua.

Marusía había estado completamente callada mientras escuchaba a su abuelo y así permaneció un rato más, hasta que, de repente, se levantó de forma apresurada y salió de la casa. Sin saber cómo, tan solo siguiendo su instinto, llegó al río, al mismo paraje que aparecía en las fotos. Se metió en el agua sin pensarlo, ansiosa, como si hubiera pasado años esperando ese momento. Y nadó,



nadó sin haber aprendido a hacerlo nunca. Enseguida atrajo peces y pájaros que revoloteaban a su alrededor y, por primera vez, sintió que ese era su lugar. No se asustó cuando su piel comenzó a transformarse, a fundirse con el río; siguió meciéndose en el agua, arriba, abajo, de espaldas, dándose impulso y dejándose caer, salpicando...

Así la encontraron sus padres quienes habían vuelto a casa y, al enterarse de lo que había pasado, se habían dirigido en silencio hacia el río. La observaron desde la orilla, era feliz. Comprendieron que ya era inútil alejarla del agua; el vínculo era demasiado fuerte. Simplemente, aprenderían a compartirla.

El coleccionista

Silvia Alberdi



Siempre que llueve Pablo sale de casa con una taza en la mano y se dedica a atrapar gotas de lluvia. Luego sube a su estudio donde pasa horas mirando la taza mientras hace anotaciones, dibujos, y hasta se viste de explorador si la ocasión lo requiere.

Pablo cataloga las gotas de agua que atrapa en su taza y vive tan fascinado cuando llueve que no dirige la palabra a nadie.

—Hay que estar muy atento —se dice—, no sea que una gota importante se mezcle con otra que se ha evaporado de un té de la cafetería de la plaza. Conviene ser muy observador. Ser coleccionista de agua es un trabajo minucioso.

Pablo sabe que el agua del planeta es la misma desde el inicio de los tiempos, ha tenido en su taza gotas que bebieron los dinosaurios y hasta una que mojó la nariz del mismísimo Napoleón. Posee gotas de una regadera de los jardines de Shalimar, de un charco del patio de su primer día de colegio, del lago Ness —donde habita un monstruo horrible— e incluso algunas que afirmaron haber estado en el diluvio universal.



Pablo nunca se cansa de coleccionar, sabe que las posibilidades son infinitas. Los días de sol se muestra ansioso mirando el pronóstico del tiempo y, si está nublado, hace guardia en la ventana vigilando las nubes.

El verano pasado una tormenta trajo gotas de la cima del Everest; consiguió estos ejemplares cuando un escalador, exhausto, se tumbó sobre la nieve y fundió un copo que luego viajó evaporado por todo el Tíbet, hasta llegar a su patio. Y cuando llegó el otoño, una mañana en la que los árboles empezaban a desnudarse, descargó sobre el parque un chaparrón con aguas del mar Muerto. A Pablo le conmovió la imagen de ese mar resbalando por los troncos.

Pablo fantasea con conseguir ejemplares casi imposibles; sueña con atrapar gotas de las profundidades abisales, donde los peces son ciegos y las aguas oscuras. Pablo imagina cómo esas gotas ascienden buscando un rayo de luz y alcanzan la superficie de la isla de Guam y se convierten en una lluvia suave que amanece sobre la ciudad y cae en su taza.

Pablo sueña con atrapar gotas cada vez más valiosas, como las del jarrón de los girasoles que pintara Van Gogh; o las que llegaron a casa de don Lucio, de quien se cuenta tuvo la fortuna de poseer, nada más y nada menos, que el primer grifo de Madrid; o de las cataratas del Niágara, desde donde su tía Alejandra mandó hace años una postal durante el viaje de novios.

Esa tarde de abril ha sido productiva y eso que a simple vista parecía una lluvia cualquiera. Mientras caminaba con su taza mirando al cielo, el toldo de la pastelería servía de refugio a dos mujeres bien peinadas y los perros del segundo paseaban despacito con sus chubasqueros puestos. La lluvia no es del gusto de todos. También a la portera se le ha mojado la ropa y protesta mientras Pablo se



maravilla clasificando sus últimos hallazgos: el sudeste africano, la América austral, la península de Crimea, Malasia...

—¡Menudo viaje! —exclama. Ante él tiene condensados miles de kilómetros, llanuras, bosques, cordilleras, desiertos, pantanos, urbes interminables, mares tempestuosos. Pablo está maravillado.

—¡Madagascar! ¡La Patagonia! ¡Sebastopol! ¡Kuala Lumpur! —grita Pablo mientras emula una danza tribal sorteando un atlas, cuadernos, etiquetas, lupas y las cajas de madera donde guarda en diminutos frascos su colección.

Pero repentinamente algo desconcierta a Pablo, que clava sus ojos en dos gotas que brillan al fondo de la taza.

Dispone el instrumental en silencio, de forma meticulosa, mientras piensa: «No es posible».

En ese instante todo su entusiasmo se desvanece. Pablo queda mudo. Se toca el pelo aún mojado, se abriga; hay algo en la taza que lo sobrecoge, casi no puede creer lo que ha atrapado.

—Son lágrimas —susurra.

En ese instante Pablo comprende que las lágrimas también han estado ahí desde el principio de los tiempos; que viajan recorriendo el mundo para convertirse en otras cosas; que llevan el dolor muy lejos, o la emoción, o las rabietas; que se transforman, riegan jardines y salen por las fuentes; que se beben o se ponen en los pucheros para cocer patatas.

Pablo no quiere mirar, quiere ser prudente. Se siente como quien abre una carta que no le pertenece.

Aquella noche le costó dormir conmovido por su hallazgo. ¿Lloraría de nostalgia? ¿De felicidad? ¿De pena? ¿Sería un llanto desconsolado o suave? ¿Era feliz? Quizá lloró por haber perdido algo o por haberlo encontrado, o sobre las páginas de un libro; o igual simplemente de cansancio.



Pablo también pensó en sus propias lágrimas, imaginando hasta dónde serían capaces de llegar.

Aquella noche se hizo muchas preguntas y no es de extrañar, porque al fin y al cabo, después de años coleccionando, jamás le había sucedido algo tan insólito.

Estaba claro que no podía quedárselas. Eran demasiado valiosas y debía devolvérselas a la Tierra. Nadie podía detener el viaje de ese llanto.

Al día siguiente madrugó muchísimo y, con los primeros rayos de luz, las depositó en un campo donde habían brotado algunas flores, sintiéndose feliz de que sirvieran para que en ese lugar naciera la primavera.

Y al regresar al estudio abrió sus cajas, destapó cuidadosamente los frascos y vertió las gotas en su taza, mezclando así la historia de la tierra para regar con ella las plantas de su ventana.

En ese instante miró al cielo y por primera vez se sintió libre.

Dicen que Pablo es el hombre que siempre sonríe de forma extraña bajo la lluvia.

El cuento del roble y el arroyo

Javier Rojo Muñoz



Dicen que en un bosque lejano, de esos que están escondidos entre las montañas, crece un roble fuerte y vigoroso. Su tronco ha resistido todo tipo de calamidades. Su corteza ha sufrido toda clase de infortunios, pero el árbol sigue erguido en medio de un tranquilo claro. A su lado pasa un pequeño arroyo y entre ellos conversan a menudo. Si algún día tienes la suerte de acabar en ese valle, probablemente no oigas más que un aparente silencio, pero has de saber que estos dos viejos amigos no hablan como nosotros. Con el mecer de las hojas al viento y el discurrir del agua, mantienen tranquilas discusiones sobre los temas más variados y por lo general permanecen ajenos a los cambios del mundo. Sin embargo, hace algunos años, esa paz se vio perturbada y lo que entonces ocurrió es lo que esta historia cuenta.

Un plácido día de primavera, en el que los olores invadían el aire y los colores el suelo, el roble preguntó al arroyo:

—Dime una cosa. Eres pequeño y débil y a veces incluso parece que desapareces. Aunque sé que has sido tú quien ha



conseguido hacer crecer un árbol como yo, no puedo dejar de preguntarme cómo es posible.

—¡Ay, amigo mío! —respondió el riachuelo—, puede que ahora no te parezca más que un tenue hilo de agua pero eso es porque no me has visto en mi juventud. Yo fui quien poco a poco esculpió este valle cuando solo era roca y arena. Te he visto a ti y a todos los que han venido después cuando no erais más que semillas y seguiré aquí incluso cuando tú no estés. Eres viejo, sin duda, pero yo soy prácticamente eterno.

Siguieron hablando durante meses mientras el roble reflexionaba sobre la respuesta. Poco a poco los días se hicieron más calurosos y ninguno de los dos se sentía con fuerzas para continuar la conversación. El sol había secado, como cada año, la corteza del árbol y había reducido el río a su mínima expresión. Un día y sin previo aviso, el roble gritó por encima de las cigarras de su tronco, ahogando el constante murmullo del valle.

—¡Arroyo, arroyo! —su tono parecía alarmante y el río, pese a que apenas tenía fuerzas, le contestó:

—¿Qué sucede? ¿Qué ocurre? Cálmate y cuéntamelo.

—Pues verás, son esos humanos. Han dicho que me van a talar.

—¿Quiénes? ¿Esos que llegaron a principios del año?

—Sí, sí, justo. Dicen que se van a llevar mi leña ahora que está seca. Hablaron de armarios, sillas, mesas, se me quedaron mirando y... ¡Oh, Dios mío!, ¿qué voy a hacer? Soy fuerte y, sin embargo, no puedo evitar esto. ¿Por qué unas criaturas que nacieron ayer como quien dice tienen que acabar conmigo? —se lamentó el roble.

El río no pudo contener su ira al oír al roble. El cielo cambió el azul celeste por un manto oscuro de nubes. Empezó a llover con intensidad y el agua, incesante, comenzó a fluir ladera abajo. Los truenos hacían retumbar hasta el último rincón del valle. En





cuestión de minutos el débil arroyo se había convertido en una auténtica serpiente que devoraba todo a su paso. Los árboles más débiles eran arrancados de raíz. La inmensa fuerza hacía que rocas enteras se desprendiesen de su cobijo en la tierra. Incluso el roble tenía problemas para aguantar la embestida. Siguió lloviendo y lloviendo, hasta que la corriente se hizo tan grande que alcanzó el hogar de aquellas personas. Desgarró las paredes y acribilló las tejas. Por momentos parecía que el ladrillo iba a convertirse en arena y que todo se desmoronaría como los castillos en la playa. El agua arrastraba los escombros de ventanas y vigas y por un instante parecía que aquella tempestad iba a reducir a polvo las mismísimas montañas. Pero las tormentas de verano duran poco y una hora después el azul volvía a teñir el cielo sobre las copas de los árboles.

Esa misma tarde los humanos discutieron entre ellos y, tras ver el barrizal donde momentos antes se erguían sus casas, decidieron que no podían vivir allí. Se lo tomaron como una desafortunada casualidad, una de esas cosas que pasan, pero todos en el valle sabían que no era así, que el río solo había intentado salvar a su amigo. Los días volvieron a pasar, uno tras otro, tranquilos, sin sorpresas. Y desde entonces nada ha vuelto a perturbar la paz de ese recóndito bosque. Nada, salvo la imperceptible conversación entre un roble y un arroyo.



Mario y el mundo transparente

Celina Ranz Santana



En el colegio habían hecho un experimento sorprendente. Tan increíble que a Mario le pareció que había más de magia que de ciencia en aquellos resultados. El estudio consistía en poner unos granos de lenteja en el interior de un recipiente, entre algodones húmedos. Mario había escogido el tarro de cristal de su yogur favorito: el de fresas. Al tratarse de un tarro transparente podía ver cualquier cambio que se produjera en el interior. Y es que Mario siempre había sido un niño curioso y por eso tenía especial interés en ver más allá de la superficie de las cosas. Eso explicaba el hecho de que los objetos transparentes le gustaran tanto y de que siempre llevara en el bolsillo la más genial de todas las transparencias: una lupa. Además de poder ver a través de ella, la lupa aumentaba el tamaño de las cosas y convertía a las hormigas en escarabajos y a los escarabajos en ratones de jardín. De esta manera, el mundo más pequeño cobraba importancia.

Apenas habían pasado cuatro días y de las lentejas empezaban a salir unos finísimos hilos marrones que hicieron sospechar a Mario

de la grandiosidad de aquel experimento. Corrió al salón para enseñar a su madre lo que acababa de descubrir.

—Mamá, ¡se están transformando! —gritó con tanto entusiasmo que hasta el abuelo, que nunca oía nada, se despertó de la siesta con un brinco.

Y era cierto, pero a nadie en casa pareció sorprenderle aquel hallazgo porque tras el sobresalto todos volvieron a sus ocupaciones como si nada hubiera pasado. Sin embargo, había pasado algo. Algo extraordinario. Allí donde parecía no haber más que algodón, agua y lentejas había surgido la vida.

En una semana Mario pudo constatar que la cosa iba en serio cuando hacia la parte superior del tarro empezaron a elevarse los primeros brotes verdes. Y no se habían cumplido aún ni dos semanas desde el comienzo del experimento cuando las ramitas sobresalían ya del borde y mostraban sus diminutas hojas, alineadas en fila como un jardín vertical. Mario analizaba con su lupa todos los detalles de aquella planta que se hacía más y más grande, hasta tal punto que tuvo que sacarla del tarro de yogur de fresas para colocarla en una maceta de mayores dimensiones.

—Mientras mantenga la humedad va a seguir creciendo —le había dicho su madre—. El agua es vida.

¡Por supuesto que lo era! El agua parecía la clave de aquel cambio tan positivo y Mario no podía dejar de pensar en cómo trasladar su experimento a algo más complejo que unas semillas de lenteja. Estuvo muchos días dándole vueltas a aquellos pensamientos y la idea tardó más en germinar que unas simples legumbres envueltas en algodón húmedo. Pero finalmente tenía un plan: estaba preparado para cambiar el mundo.

Así, tan de repente, aquel propósito le parecía algo enorme para un niño de su edad. Cuando pensaba en que estaba a punto de

cambiar el mundo se sentía como cuando le tocaba ponerse el pijama que le había regalado la tía Milagros hacía ya un año y que aún le venía tres tallas grande.

—Bueno chico, no te preocupes que ya crecerás —había asegurado la tía y Mario se lo creyó porque una persona que se llama Milagros tiene que saber mucho de la vida, del futuro y, por supuesto, de pijamas.

Estaba decidido y ya no había marcha atrás. Eso sí, Mario tenía claro que había que empezar por las cosas pequeñas, las que hay que mirar con lupa. ¡Y a veces ni por esas!, sino por las tan diminutas que apenas se ven. Haría falta un microscopio ultramegapotente para saber lo que hay en el aire cada vez que una persona ríe, estornuda o se rasca la nariz.

Las cosas más sencillas eran esas a las que los adultos llamaban «cosas de casa», como las zapatillas de dinosaurios con las que su madre nunca le dejaba salir a la calle.

Rellenó de agua una botella vacía —transparente, por supuesto— y reemplazó la etiqueta por otra que ponía: «Líquido superfantástico para la transformación molecular de los cuerpos terrestres que necesitan germinar como una lenteja». El nombre de su producto era tan largo que tuvo que escribirlo en letras diminutas como hormigas. Con la ayuda de su lupa comprobó que todo estaba correcto y se puso manos a la obra.

Las primeras gotas de su agua mágica las vertió en las pantuflas del abuelo, que pasaba demasiado tiempo sentado en el sofá y de alguna manera tenía que volver a florecer. Luego humedeció los calcetines que su padre había dejado preparados junto a la ropa de ir a trabajar, porque siempre se quejaba de lo aburrido que le parecía el camino hasta la oficina. A mamá le mojó el interior del bolso para que no siguiera diciendo que el dinero no brotaba



mágicamente de su cartera. Y a los vestidos de su hermana les echó otro buen chorro de agua para que ella siempre se sintiera feliz con su aspecto.

Mientras esperaba a que su líquido superfantástico hiciera germinar todas aquellas buenas intenciones se dedicó a escuchar con más atención a mamá mientras hacía las cuentas de la semana, a papá cuando llegaba cansado del trabajo, a su hermana cuando decía que tenía que cambiar de corte de pelo o al abuelo cuando se quedaba solo en salón después de la siesta. Era su manera de analizarlos con una especie de lupa imaginaria, como antes había hecho con su bote de cristal y las semillas de lenteja. Y cuanto más tiempo se dedicaba a escucharlos, a hacerles compañía y a observarlos con minuciosidad, más seguridad tenía de que su experimento estaba funcionando. Tal vez nadie se había dado cuenta pero allí estaban, floreciendo en sus miradas y en sus sonrisas, diminutas hojitas verdes que a través de la lupa de Mario se veían tan enormes como las plantas de la selva del Amazonas.

Sin revelar a nadie los secretos de aquel líquido traslúcido que hacía brotar la vida donde a veces no hay ni algodón ni granos de lenteja, Mario continuó salpicando de agua su mundo; primero el de las cosas de casa y luego el de las cosas más allá de la puerta de la calle, convencido de que con un poco de paciencia al final siempre brota algo bueno de todas las personas. Algo que las hace mágicas, hermosas y grandes sin necesidad de utilizar ninguna lupa. Porque las cosas importantes están en ese mundo cristalino que las rodea, cuando ríen, estornudan o se rascan la nariz. Un mundo que todos podemos atravesar con la mirada. Un mundo especial y transparente como el agua.





Twan-To, el buscador de tesoros

Daniel Blanco Parra



Esto ocurrió muy lejos de aquí, en uno de esos desiertos enormes donde solo hay arena, da igual donde mires: a la derecha, a la izquierda, por todos lados. Junto a una duna vivía una tribu que nunca había visto el mar. Sus miembros tenían varias cabras, un huerto que no daba verduras y el pelo rizado. El único azul que ellos conocían era el del cielo. Twan-To dormía todas las noches al aire libre, mirando las estrellas, soñando con conocer otros paisajes. Sus amigos lo llamaban Pantera Negra porque nunca se cansaba de correr. Tenía once años, aunque sus padres no se acordaban muy bien de cuándo había nacido; quizás ya había cumplido los doce y no lo sabía. Un día dijo a la tribu que quería convertirse en buscador de tesoros. Su madre, Biwan-Ji, arrugó la frente, ella quería que fuera ganadero o tallador de pulseras.

- ¿Qué tesoro vas a buscar? —le preguntó.
- El mayor tesoro del mundo.
- No queremos que te vayas.
- Cuando lo encuentre, volveré —prometió Twan-To.

Sus amigos pensaron que estaba loco, pero no dijeron nada porque veían a Twan-To muy feliz. Y así, una noche de luna llena, encendieron un fuego enorme para hacerle una fiesta de despedida: bailaron, cantaron y le desearon buena suerte. El más anciano de la tribu le dijo que no perdiera de vista la luna. A la mañana siguiente, cuando todos seguían dormidos, Twan-To se levantó temprano, antes del amanecer, metió un trozo de pan en su mochila y empezó a caminar hacia el norte. El desierto era tan grande que solo se veía arena; a veces parecía que estaba ante un mar amarillo y caliente. Nuestro protagonista caminó, caminó y caminó. Pasaron días y quizás semanas. Comía alguna raíz y chupaba una hoja de vez en cuando, y se sentaba a descansar cuando veía un árbol.

Mientras caminaba se encontró con un rey que viajaba en jirafa. El hombre se paró, levantó una mano y le dijo:

—¿Qué haces por aquí?

—Me llamo Twan-To y soy buscador de tesoros.

—Aquí no hay tesoros, solo arena. Será mejor que vuelvas a tu poblado.

—No, seguiré hacia el norte.

El rey bajó de la jirafa.

—Si quieres puedo darte un puñado de oro. Tengo cinco cofres llenos.

Twan-To se lo pensó y dijo que no con la cabeza.

—No, busco otro tipo de tesoro.

El rey rico volvió a su jirafa y siguió su camino. Desde lejos le dijo:

—Estás loco. Vuelve a tu poblado.

—Perdone, ¿tendría un poco de agua? Tengo sed.

—No, la que tengo es para mí.

Twan-To siguió caminando bajo un sol grande y blanco. Dos días después encontró una aldea donde vivía una mujer que salía en la televisión y que le dijo que lo haría famoso.

—¿Has cruzado el desierto tú solo? ¿Andando?

—Sí, señora. Busco un tesoro.

—¡Oh!, saldrás en la tele y en internet. Te haré famoso en todo el mundo. Te llamaré «el buscador de tesoros».

Twan-To se quedó pensativo y después dijo que no con la cabeza y con los labios.

—No. Perdone, ¿tendría un poco de agua?

—Tengo muy poca y es para mí.

Y siguió andando durante ocho días y ocho noches. Un día vio un trozo de azul en el suelo y supo que estaba cerca del mar. Como no sabía nadar subió a un barco y allí, escondido, se echó a dormir. A veces oía a los marineros cantar y solo bebía agua cuando llovía y sacaba la mano por una de las ventanas. Mucho tiempo después, el barco atracó en una ciudad con edificios altos y coches que pitaban.

Twan-To caminaba por las calles, estaba perdido. Había mucha gente y mucho ruido. Echaba de menos su aldea, su tribu y a sus padres, así que se sentó en un banco y se puso a llorar. Lloró tanto que le entró sed; se levantó y buscó un charco para beber. Una niña que jugaba en el parque se le acercó.

—Me llamo María. ¿Te pasa algo?

—No, no.

—¿Te has perdido de tus padres?

—No, no.

—¿Qué haces en el charco?

—Tengo sed.

—Toma —le dijo María y sacó una botella de agua de su mochila. Twan-To se la bebió entera de un trago y suspiró.



Twan-To, después de hartarse de agua y de que María le regalara una cantimplora, volvió al desierto con su tribu. Su madre lo vio llegar con las manos vacías y se puso a llorar de felicidad.

—¿Has encontrado el tesoro?

—Sí.

—¿Y por qué no traes nada?

Esa noche hicieron un fuego enorme y todos se sentaron alrededor mientras Twan-To les contaba que hay un sitio donde el agua sale de los grifos, donde el agua está fresca y limpia, donde nadie pasa sed.

—¡Tenemos que ir todos a la ciudad donde hay agua!

—Ese sitio está lejos —dijo el anciano, el jefe—. No podemos dejar el desierto, no podemos caminar tanto como tú, Pantera Negra.

—No os preocupéis —dijo Twan-To.

Al cabo de una semana llegaron a la tribu tres hombres con un camión, portando máquinas y extraños utensilios. También venía María, acompañando a su padre. Dos días más tarde la tribu tenía agua. Todos cantaron, se abrazaron y lloraron de alegría.

Ya tenían agua potable para siempre.

Twan-To sigue durmiendo al aire libre, mirando las estrellas. A veces se levanta y, en mitad de la noche, bebe un vaso de agua y sabe que ha descubierto un tesoro. Nada ni nadie podría vivir sin agua.

Twan-To sabe que se ha convertido en un auténtico buscador de tesoros.





Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid

Edición
Fundación Canal

Coordinación
Fundación Canal
This Side Up

Ilustraciones
Julio Antonio Blasco, Sr. López

Diseño
Bruno Lara

Maquetación
Antonio G. Cárceles

Impresión
Crutomen

© de la edición: Fundación Canal, 2016

© de los textos: sus autores

© de las imágenes: Julio Antonio Blasco, Sr. López

ISBN: 978-84-945176-6-2

DL: M-33425-2016

Fundación Canal
Mateo Inurria, 2
28036 Madrid
Tel: +34 91 545 15 01

www.fundacioncanal.com





FUNDACIÓN CANAL
Canal de Isabel II



Mateo Inurria, 2. 28036 Madrid
www.fundacioncanal.com



#ElCuentagotas
@elcuentagotas